

## TODO PARA ELLOS

Te he visto, has sido tú.

Tú, escondida detrás de ese disfraz de víctima. Tú, depredadora dormida, sepultada bajo miles de delantales como estratos, delantales manchados de rojo ira, de quemaduras de fogones invisibles. Tú, girando en las traslaciones interminables del segundo, contenidas en un solo latido. Has sido tú, que has resucitado, que has vuelto de donde te habían encerrado, para dar la bienvenida al mundo de noches sin luna y serpientes bailando bajo la piel. Te he visto, como todos los días.

Todos los días se agolpan sobre tu espalda como lápidas borradas a cincel. Vives enclaustrada, hecho tu reino una cocina a la que estás relegada por propia voluntad, encerrado tu reflejo verdadero en un cuchillo de trinchar. Te he visto, las manos apretadas en las entrañas del animal, la hora señalada amenazando en el reloj, la piedra de sacrificios, inmolando la cena de navidad en el altar de la rutina, de la desesperación. Las paredes estallan a tu alrededor, y tú no lo ves. Te ahogas, y no lo ves. Un día más, una cena más. Una navidad más. Menos. Te he visto, y has pensado en huir.

Has pensado en huir, como tantas otras veces. Escapar de la condena de por vida que es estar encerrada en la cárcel de lo que otros esperan de ti, en la sentencia a muerte lenta de ser la columna vertebral de una familia que te ha relegado al papel más funcional. No has podido desaparecer, ni en tu interior, porque pesan sobre tus piernas los cepos contruidos con cada una de las palabras atragantadas, de concesiones a regañadientes, de otro milímetro de terreno ganado en tu alma, para ellos, para ellos, todo para ellos. Huevos de insecto día a día eclosionan tras tus ojos. Te he visto, y entonces él ha llegado.

Entonces él ha llegado. Por fin, una verdadera cena de Navidad. Ni siquiera ha tenido la decencia o la osadía de buscarse otra, de ocultarte algo que no necesita. Te quiere. Te quiere te quiere te quiere. Por lo que eres. Nada. Te quiere y te lo dice mirando al televisor. Tan prisionero como tú. Tu carcelero y tu compañero de celda, atado a ti por sus propias promesas de prosperidad no cumplidas, por su renta de seguridad y su mundo cuadriculado en el que has caído como en una trampa para osas. Un dorado grillete mordiendo tu dedo anular te ata a él. Él, que ya ha llegado, hambriento de todo menos de ti, exhausto del maldito trabajo que os mantiene a flote y que le obliga a trabajar hasta en Nochebuena. Ha pasado a través de ti como un fantasma, apenas reconociendo tu silueta, apenas un beso lanzado al aire a un centímetro de tu piel. Para qué molestarse. Ha llegado y se ha ido ya, ya no está aquí. Le has mirado sin que él lo note, nunca lo hace, y sabes que está en otro lugar, secreto, privado, que se ha fabricado del mismo modo que tú has construido tu Shangri-La entre tarros de especias y productos de limpieza. Le has visto alejarse, bote de naufrago, salvación ignorante. No lo sabe. No sabe que en su día perdiste por él aliento y vida, no sabe que te mató, que te quitó la vida con un *sí, quiero*, que vino a cobrarla como un usurero y te puso al cuello el yugo del amor tranquilo, reposado y convencional de los rumiantes. Te he visto, y le has odiado.

Le has odiado con todo tu ser. Tus nudillos blancos como aureolas alrededor del cuchillo. Pedazos de pollo cayendo al suelo, manchando el delantal. Y se ha ido. Sola otra vez, pero no por mucho. Ella ha aparecido. La gran mancha, el recuerdo de la culpabilidad, del fracaso, de lo inevitable. El paso del tiempo hecho carne. Ha venido hasta ti, sin verte, de nuevo, balbuceando en su renqueante cantinela las alabanzas de todo aquello que no le has devuelto, de todo lo que ha dado por ti. Su mudo discurso de reproches maternos se ha abatido sobre ti como una ola gigante. Recuerdos navideños

una vez más. Lo que yo hice por ti y lo olvidada que me tienes. En sus ojos acuosos – ella no lo sabe – aúlla la desesperación. Una llamada de auxilio. Libérame. Libérame como yo no pude hacerlo contigo. Ahógame en la bañera como yo debí hacerlo en tu cuna. Para eso sirvo, nada más. Los chantajes emocionales te abren heridas como cuchillos, pero hoy no ha sido así. Y su panegírico de verdades entre líneas continúa, mientras desgrana la vida de los que un día te rodearon, caras del pasado que a su entender han conseguido lo que tú nunca tendrás. El mensaje es el mismo. Devuélveme la vida que me quitaste al salir de mí. Dame todo lo que merezco y que no tuve por dártelo a ti. Te he visto, tu sangre como ciudades ardiendo.

Tu sangre como ciudades incendiadas. Feliz navidad. Aves de rapiña enganchadas en tu pelo, arañando con sus afiladas garras tu lengua, tus manos. Podrías haber explotado entonces, pero ella ha preferido retirarse, reunir fuerzas para el asalto definitivo durante la cena. La cena que aún no está lista. Y la hora señalada se acerca. Un momento de mareo, de visión borrosa. No lo has reconocido, pero ha sido el punto en el que podrías haberlo cambiado todo. Sólo que no has tenido tiempo. La puerta se ha abierto de nuevo. Fantasma de las navidades futuras. Hola, mamá. Hola, extraño. Te he visto, y has mirado esa pequeña parte de ti.

Esa pequeña parte de ti, que ya no te necesita, que no reconoces. Ya no es tu hijo, ese pequeño milagro de sesenta centímetros que corretea por la casa con la maravilla pintada en el rostro, descubriendo una época de sonrisas verdaderas, alzado en los brazos de su padre, que aún te mira con deseo. Ahora es otra silueta más en esta casa de injusticias diarias y barrotes esmaltados. Dictadura de vitrocerámicas. Ya no es el chiquillo que corría hacia ti y al mirarte veía soles. Ese adolescente de expresión asqueada se llevó a tu niño, te despojó de él y puso de excusa al tiempo. Le suplantó. Se lo ha llevado de tu lado, te dice alguien al oído. Y de pronto has visto claro que ha sido

él. Te ha arrebatado a quien fue la luz de tu vida, tu razón para seguir aguantando la tempestad que aún no se había abatido sobre ti, pero que ya barruntaba en el horizonte. Es él quien ha tomado el lugar de tu hijo, creciendo en su interior como un cáncer con acné, hasta devorarlo como un dios consumido de demencia. Te he visto, y has decidido hacerlo.

Has decidido hacerlo. Todos tus recuerdos, todo lo que no has conseguido, el rostro de la muchacha de melena interminable que un día fuiste, han clamado venganza. Sumida en una calma de catedral, has vuelto a ser la madre amantísima. Has continuado deshuesando el pollo, sintiendo un truculento placer al hacerlo. Has visto sus caras en las vísceras, como las señoras del mundo que un día leyeron allí el futuro, como las madres de antaño que llevaban con orgullo la marca del menstruo. Te han hablado desde la sangre, como una voz en el fuego. Te han susurrado la verdad del mundo oscuro, la han vertido como lava dentro de tu corazón henchido. Ha sido hermoso.

Te he visto, y has concluido por última vez el ritual de la esclavitud. Has ojeado distraída los frascos de debajo del fregadero. Te he visto abrir. Te he visto verter. Abrir, verter. Abrir. Verter. Te he visto prepararlo, el caldero de la nueva especie, de la Mujer que regresa esta noche a la Tierra. Nadie notaría nada. Te he visto llevar la cena hasta el altar de la consumación. Tus fieles carceleros te han estado esperando. Te he visto, desde aquí, mirarles a todos, ver sus rostros deformados, grotescos. Te he visto reconocerlos como monstruos que ya no pertenecen a tu misma raza. Te he visto servirles. Haced esto en conmemoración mía. La serenidad derramándose por tu cuerpo, fría y afilada como la mirada del odio destilado. Te he visto verles, verles comer. Comer. Comer y los gritos y los espasmos que han tardado quizá demasiado. Te he visto, te han visto sonreír, asintiendo a los chillidos y súplicas con la misma abnegación

con que le escuchabas las quejas y reproches. Te he visto estudiar sus expresiones de agonía, de incompreensión. Se han ido sin saber que han presenciado el regreso, el milagro de la mujer que retoma lo que nunca debió dejar de ser. He visto tus lágrimas y tu sonrisa salvaje. Te he visto, triunfante al fin, y has empezado a comer. Ahora sí. Ahora está bien. Has sido tú. Te he visto desde aquí, desde el espejo, desde el espejo, desde el espejo...